



CANCION SIN PALABRAS.

mo «*Quand l'amour meurt*,» han alcanzado una popularidad universal.

Y es que este valse delicioso, tan en boga hace poco tiempo, está íntimamente ligado con los secretos galantes de la juventud actual. ¿Cuál joven ó doncella que escucha los preludios de esa melodía maravillosa, no evoca al instante suspirando un punto de oro que reluce tímidamente en una noche blanca de la vida?

«*Quand l'amour meurt*» tiene ese raro privilegio, esa secreta magia, de evocar, con íntima placidez, un minuto azul de la existencia de todas las almas. Crémieux fué derecho al corazón cuando musicalizó este poema de notas. Porque es un poeta romántico; uno de esos tantos poetas de belleza dolorosa que con apariencias de leyenda cantan el amor sublime bajo la luz del sol. El héroe es el mismo compositor.

Él, dice que vino á Buenos Aires con objeto de popularizar sus partituras; que además de «*Quand l'amour meurt*» y de «*Quand l'amour releurit*,» tiene otro, superior á todos, llamado «*Chemin d'Amour*» pero que el ruido de París no le permitía hallar las combinaciones de suprema dulzura que buscaba para concluirlo; y seducido por la majestad imponente de los panoramas americanos, decidió venirse á beber inspiración bajo estos cielos serenos en la quietud de las noches pobladas de los suspiros de las palmeras y de arrullos de calandrias.

Pero he ahí que el joven Brouson, secretario de Anatole France, algo locuaz, una noche, ante el iris de un ajenjo, y escuchando el lánguido valse ejecutado por una orquesta de Cabaret, nos revela, azás

indiscretamente, la historia trágica amorosa del músico poeta.

—Crémieux amaba apasionadamente á una bellísima hija de Lutecia, que derramaba su gracia maliciosa de «*chanteuse*» en un «*petit théâtre*» de boulevard: pero le pareció pérfida y el buen día desapareció. Entonces el compositor, no sabiendo cómo desahogar su desesperación, vertió el alma en esencia de sentimiento sobre el pentágrama y esparció por el mundo su vals cadencioso *Cuando el amor muere*, como una lamentación en lenguaje musical dirigida á la ingrata, do estuviera.

—Y por eso ha venido al Plata,—agregó el joven secretario,—hay aquí tantos cabarets, tantos teatros y tantas lindas *chanteuses* parisinas!—Lo del suspiro de las palmeras y el arruyo de las calandrias es cuento.

También puede ser cuento este que acaba de forjar la imaginación del joven Brouson acerca de Crémieux. Porque como buen discípulo del inimitable cronista, podía muy bien haber urdido esta amable y poética mentira, para burlarse un poco de nuestra crédula ingenuidad latina.

De todas maneras, el mundo está lleno de rasgos geniales que se gastaron bajo el influjo doloroso de hondos desgarramientos en el alma. No sería extraño, por tanto, el valse de Crémieux hubiese nacido en una noche de tristeza y lágrimas. Algo de eso influye en la languidez de sus notas.

¿La inmortal serenata de Schubert, no fué acaso la declaración sublime de un amor secreto, plañido misteriosamente bajo la ventana de una marquesita imposible?

Aurora Despin, esa mujer admirable conocida en el mundo de las letras con el pseudónimo de George Sand, tiene entre sus obras, una página hermosísima bruñida con la intensa emoción del recuerdo.

Evoca sus amores con el lírico soñador Chopin, durante un invierno que fué delicioso para ellos en Maguncia. Allí la expresaba su pasión en notas de dulzura infinita el pálido músico de los nocturnos. El piano hablaba por Chopin, gimiendo ternuras que ningún lenguaje humano podría traducir; y ella con la cabeza desmayada como un lirio sobre el hombro de su amado, lloró mas de una vez y declamó sus versos sollozando.

Quizá la ausencia de esta espiritual y sensitiva compañera, inspiró á Chopin tantas de sus sentimentales sonatitas.

¿No dijo el poeta que las grandes inspiraciones vienen del corazón?

El valse de Crémieux nos gusta porque es suave, sentido, cadencioso; y ahora que sabemos su origen, aun cuando fuese leyenda, nos resulta tanto más poético; es él un poema de amor en notas musicales; lo escribió un corazón desgarrado, sobre el pentágrama del dolor, en una noche de tristezas y de lágrimas, como aquella en que el alma de Asunción Silva, vagó llorosa en la sombra de su amada.

RAUL DEL CASTILLO.



LA POESIA EN LA HISTORIA.

Testamento de Herman Cortés.

I.

—¡En el nombre Dios! Cuando vencido
Va á hundirse en el ocaso mi existencia,
Quiero mirarme, al entregar la vida,
En el espejo fiel de la conciencia.

No me ciegan mezquinas vanidades;
Ha muerto mi ambición, mi orgullo ha muerto;
Triunfadora de horribles tempestades,
La barca de mi vida toca al puerto.

No me arredra morir; desde que existo,
Al buscar á la muerte hallé victoria,
Y en nombre de la Fe, vencí por Cristo,
Y en nombre de Castilla . . . ¡por su gloria!

Y al sucumbir en la postrer pelea
Abrazando á mi Fe nunca empañada,
Para mi Dios, para mi patria sea
El amor que en mi pecho centellea
Y es beso en una cruz . . . ¡la de mi espada!

II.

Si temprano dejé mi hogar querido,
Jamás la ingratitud manchó mi anhelo;
Yo sé que el alcotán huye del nido
¡Porque su impulso lo remonta al cielo!

Quise volar porque en mi pecho ardía
Algo que escapa á cuanto el hombre mande.